

Sobre el prusianismo

 György Lukács

Traducción de Mariela Ferrari
Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional Arturo Jauretche, Argentina

Introducción de la traductora

Formalidad vacía o la codificación de la (i)legalidad dictatorial en Lukács y Bloch: del Prusianismo al fascismo alemán, entre espiritualismo romántico y formalismo burocrático

Sonámbulo, atraído en sueños por la luna, tejiendo ensimismado la corona de su gloria, “posteridad ilusa de sí mismo” (Kleist, 1988: 214), el príncipe de Homburgo sueña su gloriosa coronación ante el precipicio de la batalla inminente, en la escena inicial de la obra homónima de Heinrich von Kleist. En una doble puesta en abismo, la primera escena del drama contrapone el plano de los preparativos militares apremiantes, ante la batalla de Fehrbellin, plano de lo real dentro de la representación, frente al plano onírico del plácido sueño principesco, en donde se escenifica el doble honor futuro (la anhelada victoria, en la guerra y en el amor). Según Edward Keppel Bennet, Kleist es profundamente consciente del “dualismo inherente al universo”, una observación esencialista a la que debemos agregar, a fin de validarla, la idea de que más que un aspecto inherente de su ser, en realidad, el universo caracterizado por la dualidad está anclado en un tiempo-espacio específicos o determinados: se trata del universo cuyo centro es Brandemburgo, el corazón del Prusianismo. La dualidad asume varias formas encadenadas en el drama, tales como la mencionada ensoñación de gloria y amor, en el inminente escenario militar, o el idilio amoroso, en el medio del luto del campo de batalla. Pero el aspecto que vertebra la obra de Kleist es la contraposición entre ley marcial y lo que podríamos denominar la “ley del corazón”, es decir, la contraposición entre la formalidad vacía de la orden dada, en el derecho militar, como sostén del orden estatal prusiano, frente a la acción subjetiva guiada por el corazón, en pos del cumplimiento y la realización del individuo, simbolizados, en este caso, por el sueño heroico de Homburgo.

Así, *El príncipe de Homburgo* escenifica centralmente la aparente contradicción y la paradójica complementariedad entre el espiritualismo romántico y el formalismo burocrático del prusianismo, que desembocará en el fascismo alemán. Esta cuestión es tratada por Georg Lukács en “Sobre el prusianismo” (1943) y, desde una perspectiva complementaria, en su artículo posterior, titulado “La visión del mundo aristocrática y la democrática” (1946). Desde otra perspectiva, el camino que recorre esta contradicción, hasta llegar al apogeo del fascismo alemán, se describe en el sucesivo vaciamiento de formas jurídicas (y, podemos agregar, éticas y morales), analizado por Ernst Bloch, en *Derecho natural y dignidad humana* (1961). Existe un desarrollo de la aparente dicotomía y complementariedad entre el formalismo burocrático y el espiritualismo romántico en la cultura alemana, en términos de una creciente formalidad vacía o, mejor dicho, vaciada de contenidos (y de humanidad), una formalidad abstracta, vacua, que llega a convertirse en la codificación de la (i)legalidad dictatorial en el nazismo. En lo que sigue, focalizamos la postura de Lukács en “Über Preußentum”, debido a la centralidad del tema en este texto de 1943.

Para Lukács, el origen del itinerario antidemocrático que culmina en el fascismo alemán hunde sus raíces en el proceso de “prusianización” de la cultura alemana y sus bases sociales. Desde esta perspectiva, el fascismo viene a representar la última etapa de la ‘prusianización’ de Alemania: “Es evidente que el fascismo heredó y profundizó todo lo malo que desarrolló la prusianización en el pueblo alemán” (“Über Preußentum”, la traducción es nuestra).

El proceso de “prusianización” de la cultura alemana puede dividirse en estadios o etapas sucesivas, cuyas estaciones Lukács recorre a partir del análisis conjunto de las bases sociales de su desarrollo y de la obra de tres representantes literarios de dicho desarrollo: Heinrich von Kleist, Theodor Fontane y la obra temprana de Thomas Mann. En cuanto a sus bases histórico-sociales, para Lukács, en primer lugar, la antigua Prusia funcionó como un elemento de disolución del “Sacro Imperio Romano Germánico”, todavía en proceso de desintegración, hasta Napoleón. El atraso posterior de Alemania se expresa en la singularidad de su burocracia absolutista. Para el filósofo, “el burocratismo es la primera forma primitiva de superación del feudalismo, cargada aún de restos feudales”. En este sentido, en Prusia, estos restos feudales son mucho más fuertes que en los países occidentales. Y, como en el desarrollo posterior no se llega a un quebrantamiento revolucionario del feudalismo, esta forma de organización primitiva semifeudal se mantiene también a nivel económico, en una época en la que hacía largo tiempo que el feudalismo había sido superado por la democracia, como base del Estado, en otros países occidentales. Esta contradicción entre las bases económicas y la organización estatal es la determinación social ulterior de la singularidad prusiana: su carácter reaccionario y su burocratismo formal.

Para Lukács, hay una consecuencia fundamental en este proceso: el hecho de que, cuanto más desarrollada está la sociedad, las facetas más rezagadas o retrasadas de esta forma de organización reaparecen de forma más reaccionaria, corrosiva y caricaturesca. El autor evocado en el inicio de este trabajo ilustra

esta contradicción. En principio, el universo prusiano construido por Kleist en su obra de 1808-1811 se remonta a 1675, a los antecedentes del reino de Prusia (el reinado de Federico Guillermo I de Brandenburgo). *El príncipe de Homburgo* sitúa el centro de escena en la guerra franco-holandesa, es decir, las guerras de independencia holandesa contra Francia e Inglaterra, con lo que ya se establece desde un anacronismo. La batalla de Fehrbellin, ocurrida en 1675, implica el rescate de la victoria alemana en el pasado, en el contexto de las guerras napoleónicas, contemporáneo a Kleist. Por ello, no resulta casual el exacerbamiento apasionado de un nacionalismo construido, artificial, aunque deseado e ilusorio, más ideal que real, así como tampoco es fortuito el común enemigo francés, en ambas épocas, reeditado desde el contexto romántico.

En su obra sobre el Romanticismo Alemán, Rüdiger Safranski se refiere a Heinrich von Kleist a partir de la delimitación de Carl Schmitt, según la cual “son románticos aquellos que de ‘forma ocasionalista’ toman la realidad respectiva como ocasión para desencadenar imaginariamente su propio yo”. Según Safranski, el poeta “fue un romántico genial con el extremismo de sus sentimientos y el absolutismo de su yo. Pero fue también un romántico peligroso”, porque muestra “cómo todo un mundo imaginario, que encontró una expresión perfecta en su obra, irrumpe sin mediaciones en la esfera política y engendra un sofocante fanatismo” (Safranski, 2009: 170). Los peligros de ese mundo imaginario que irrumpe en la esfera política sin mediaciones, sin *tertium datum*, y engendra fanatismo, son los mismos que afectan, en el razonamiento lukácsiano, al prusianismo y, posteriormente, al fascismo. La excitación política de los tiempos de Kleist, “una de las grandes figuras en cuyo pecho bulle el odio”, también se identifica con las etapas posteriores de desarrollo del prusianismo, y sobre todo, la fascista, en la que resuena el mismo fundamento nacionalista (igualmente mitificado e ilusorio). Para Lukács, “Kleist vislumbró genialmente esta conexión en su relación con la patología romántica y la legitimidad prusiana de la guerra”.

En este proceso, el ejemplo de Kleist escenifica de manera concreta la aparente contradicción y efectiva complementariedad entre espiritualismo romántico y el prusianismo como una forma de ley marcial vacía de contenido concreto, en la obediencia de la orden dada, la ley por la ley misma, como pura forma abstracta, una obediencia que el príncipe cuestiona, en actos, en primera instancia, pero a la que se subordina ciegamente, hasta más que la aceptación, la entrega gustosa a una muerte consustancial al mantenimiento del orden sostenido por esa ley abstracta formal. En el acto final del drama, “el mandato del deber formalista y la anarquía del sentimiento” permanecen antagónicos, dos órdenes de sentido que se excluyen mutuamente, pero la conciliación poética artificial que implica el sometimiento voluntario del príncipe a la autoridad, abrazando una muerte voluntaria, como sacrificio, posibilita el poco convincente final feliz del drama.

El verdadero proceso de prusianización de Alemania comienza con las victorias que tienen lugar entre 1866 y 1871. La derrota de la Revolución del '48, “el mayor viraje del destino popular alemán”, según Lukács, preparó a Alemania para este destino. Con una fachada modernizada, pseudodemocrática y

pseudoparlamentaria, la Prusia de Bismarck realiza un acuerdo corrupto entre la modernización comercial y la reacción socio-política en el desarrollo alemán. En este punto, se insertan las observaciones de Ernst Bloch sobre el derecho tardo burgués de Rudolf von Jhering. Jhering hizo valer el lúcido error de que el Derecho es una creación intencionada, realizada de acuerdo con un plan. El derecho positivo se valora en tanto voluntad normativa dirigida a un fin. Para Jhering, según Bloch, las normas jurídicas son convincentes por su eficacia fáctica, pero esta eficacia, esta capacidad para la realización de un fin, tiene que darse siempre. La idea de que “el fin es el creador del Derecho” condujo sólo al fin del lucro, la empresa privada y del estado liberal-nacional. El derecho bismarckiano que acompaña el proceso unificación de Alemania, como proceso económico, hacia 1871, es el derecho autojustificador del vencedor, el del fin que justifica no sólo los medios, sino su propia legitimidad, en el propio triunfo histórico de la *Realpolitik*. El principio del precio fijo, afirma Bloch, es “el contenido que fructificaba el vacío y lo que lo hacía, por así decirlo, humano”. De este modo, “Por virtud del burgués, se alzó a lo alto el granuja y también el frío” (Bloch, DNDH: 246). Así del finalismo de Jhering al decisionismo de Carl Schmitt, y su teoría del romanticismo político, sólo hay un paso.

La cáscara del derecho o el derecho como cáscara, en los términos de Bloch, retoma la idea de la vacuidad formal en el prusianismo, hacia la época bismarckiana. En esta etapa, Theodor Fontane y, luego, el relativamente joven Thomas Mann, representan a los defensores del Prusianismo, y, a la vez, tal como Kleist, sus retratistas más críticos y más lúcidos, en la exhibición de sus contradicciones internas. Con respecto a Fontane, según Lukács, este ve en sus héroes una moral que funciona mecánicamente, que no se encuentra vinculada en casi ningún sentido con su vida interna, en cuyo carácter obligatorio ellos mismos no creen seriamente, pero a la que se someten en sus preceptos sin excepción, aun cuando sólo sea de manera mecánico-convencional. La interpretación escéptica del prusianismo se representa de la manera más clara en “La elección del capitán von Schach”, donde se lleva al extremo la polaridad entre irreprochabilidad formal, el porte prusiano de la postura marcial como cáscara y la inconsistencia interna en todas las cuestiones vitales. Fontane expone cómo los diferentes tipos del noble prusiano se modernizan, cómo se convierten en hombres de la sociedad burguesa actual. Pero, todo aquello de lo que se adueñaron en cultura, en sentimiento y vivencia, choca contra su postura prusiana, que funciona de manera mecánico-fatalista. Queda en pie la inhumanidad de la moral prusiana y domina, sin que los hombres estén en condiciones de tender un puente entre sus sentimientos y sus actos. Así, resurge detrás de la fachada brillante, a menudo, decorosa, siempre marcial, un mundo interno de plena inconsistencia e inestabilidad, de dubitación resignada, de cinismo sentimentalista o fríamente arribista. La interpretación escéptica del prusianismo se representa de la manera más clara en la obra de Fontane, donde se lleva al extremo la polaridad entre irreprochabilidad formal, porte prusiano, y la inconsistencia interna más profunda.

Los escritos de Thomas Mann de la época de la Primera Guerra expresan su inicial culto a Prusia. El héroe de *Muerte en Venecia*, Aschenbach, escribió una obra

sobre Federico el grande. Su ser poético tiene mucho que ver con el prusianismo. Él supera la anarquía del arte moderno a través de una postura aprendida del prusianismo, por la que el espíritu prusiano aparece como un principio estético-moral, como un contrapeso estético-moral, contra las tendencias moderno-decadentes o sentimental-burguesas. Thomas Mann configuró psicológicamente la peligrosa vacuidad anímica de la “postura” prusiana, porque, como afirma Lukács, cada acento de valor moral se sale de la postura y la subjetividad de la vida de los instintos es tratada como material que debe ser reprimido, pero no puede serlo.

En cuanto a sus escritos ensayísticos, ampliamente analizados por la crítica, según Lukács, para el Mann de 1918, el pueblo alemán es un pueblo apolíticamente conservador, por lo que también el denominado “Estado autoritario” es una forma de gobierno adecuada para él. Si esta premisa es correcta, ¿qué se sigue de esto? La idea de la inmortalidad del burocratismo militar y civil prusiano, es decir, eso que Mann denomina “el eterno carácter alemán”. Así, toda política real solo puede ser democrática, pero, precisamente por eso, profundamente no alemana. De esta forma, se manifiesta la oposición entre el Prusianismo y la democracia, que llega a su punto máximo en el triunfo del fascismo.

La crisis de la democracia en el pensamiento alemán se vincula directamente con el surgimiento del fascismo como última etapa del Prusianismo, a comienzos del siglo XX (Lukács, 2003: 28). Como característica central del Prusianismo, mencionada más arriba, la detención reaccionaria en los estadios primitivos de la monarquía absoluta, determinados por la burocracia, se oponía a las formas de socialización democrática, porque el burocratismo implica un control sostenido del aparato estatal que paraliza la vida pública y hace que los individuos permanezcan fuera de lo político, al contrario de lo que ocurre con las sociedades modernas desarrolladas.

Esta crisis o el escepticismo “típico” del carácter alemán frente a la democracia, en Mann, se relaciona con la contradicción entre la libertad y la igualdad políticas, frente a la libertad e igualdad reales de las personas, según Lukács y Bloch. Así, según Lukács, “Las instituciones jurídicas creadas para defender los ideales de libertad e igualdad desmienten continuamente en su funcionamiento ordinario los valores que presuntamente deberían defender” (Lukács, 2003: 9). Libertad e igualdad se definen como categorías formalistas, abstractas, mientras que, en términos reales, lo que subsiste es el Estado de derecho para pobres y ricos. Al respecto, Bloch afirma que la igualdad jurídica se encuentra por encima de la desigualdad intacta de la propiedad, con lo cual sirve para ocultar los privilegios de la clase dominante, tras una vacuidad abstracta (Bloch, 2011: 252). Si Hans Kelsen presenta el formalismo vacío del derecho como pura norma, el “decisionismo” de Carl Schmitt, el ideólogo del régimen nacionalsocialista, según Bloch, que pone en relación el pragmatismo bismarckiano con el pseudo derecho natural romántico, legitima el estado de excepción y hace desaparecer la máscara del Estado de Derecho. Para el filósofo, el estudio de Schmitt sobre el romanticismo político enlaza la ley eterna y el derecho vital del pueblo alemán.

Así, se expone también la conexión indisoluble entre el espiritualismo romántico y el formalismo que caracteriza fundamentalmente al Prusianismo alemán, en su desarrollo hasta el fascismo, en la exaltación del mito del pueblo más noble y más fuerte, así como el mito de la guerra.

La reedición del espiritualismo romántico de comienzos del siglo XIX, bajo la forma de un anticapitalismo romántico no tan lejano al joven Lukács, y su complementariedad respecto del formalismo burocrático, muestra las vicisitudes de esta dualidad, ya convertida en encrucijada fatal a principios del siglo XX. “Quiero la ley sagrada de la guerra, que transgredí a la vista de las tropas, glorificarla en una muerte libre” (Kleist, 1988: 293), afirma al final del drama el príncipe de Homburgo, augurando el sentido de la glorificación de la muerte, por la patria como ideal, o, mejor dicho, por la ley y la obediencia marcial como sentido de orden. En el fascismo, último escalón de la formación prusiana prefigurada en Kleist, la ley marcial, vacía de humanidad y de corazón, una ley paradójicamente privada de justicia y de razón, conduce y demanda el sacrificio gustoso. Así, dos siglos más tarde, la entrega a la muerte, o hasta la muerte, se mantiene como ideal vacío de razón.

Bibliografía

- » Bloch, E. (2011). *Derecho natural y dignidad humana*. Trad. de Felipe Gonzalez Vicén. Madrid: Clásicos Dickinson.
- » Fontane, Th. (2005). *La elección del capitán von Schach*. Trad. de Anton Dieterich. Barcelona: Alba.
- » Garcés, M. (2006). Adorno y Lukács: pensar en la grieta de la racionalidad. [En línea]. *Δαιμόνων. Revista de Filosofía*, nº 37, 2006, 85-97 <http://revistas.um.es/daimon/article/viewFile/15371/14841> [Consulta: 8 de noviembre de 2015].
- » Infranca, A. y M. Veda. (2003). Introducción. En Lukács, G. *Testamento político y otros escritos sobre política y filosofía*, pp. 7-26. Buenos Aires: Herramienta.
- » Kleist, H. (1988). El príncipe de Homburgo. En Kleist, H., *Pentesilea. Anfitrión. El príncipe de Homburgo*, pp. 211-299. Trad. de J. M. Coco Ferraris. Buenos Aires: Nueva Visión.
- » Lukács, G. (2003). *Testamento político y otros escritos sobre política y filosofía*. Buenos Aires: Herramienta.
- » Lukács, G. (1948). Über Preußentum. En Lukács, G., *Schicksalswende. Beiträge zu einer neuen deutschen Ideologie*, pp. 68-94. Berlín: Aufbau Verlag.
- » Safranski, R. (2009). *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*. Barcelona: Tusquets.
- » Tertulian, N. (s.f.) "Georg Lukács y el estalinismo" [En línea]. <http://marxismocritico.com/2015/02/25/georg-lukacs-y-el-estalinismo/> [Consulta: 8 de noviembre de 2015].

Sobre el prusianismo¹

 György Lukács

Es comprensible que la puesta en peligro de la civilización mundial por parte del bandolerismo organizado de Hitler permita plantear la pregunta acerca de cómo puede explicarse la profunda decadencia del pueblo alemán. Naturalmente, aquí, se encuentra uno con el problema de la prusianización de Alemania. Puesto que, mucho antes de Hitler, los espíritus de Europa verdaderamente amantes del progreso (entre ellos, no pocos alemanes) percibieron el prusianismo, su esencia social y política, moral y cultural, como un peligroso cuerpo extraño, en la civilización moderna. Es de suponer, entonces, que el agudo envenenamiento del espíritu nacional alemán debe deducirse directamente de esta enfermedad crónica de varios siglos.

Pero, al observar más de cerca, se muestra aquí también que líneas de enlace demasiado directas, en muy pocos casos, confluyen en los caminos de enlace realmente decisivos. Es evidente que el fascismo heredó y profundizó todo lo malo que desarrolló la prusianización en el pueblo alemán. Por una parte, sin embargo, encontramos una y otra vez ejemplos de que los representantes de una ideología prusiana antigua (por ejemplo, el pastor Niemöller, Ernst Wiechert) se situaron en oposición al hitlerismo. Por otra parte, la época entre 1918 y 1933 mostró de manera ostensible que los representantes directos del prusianismo tradicional no fueron capaces de construir un régimen reaccionario en Alemania que pudiera introducir algo nuevo, la demagogia específica del hitlerismo, algo en lo que el espíritu prusiano constituye un factor importante, pero con respecto a lo que es únicamente un factor. Esto ya indica que el modo de plantear el problema del espíritu prusiano y el fascismo necesitaba una concretización complementaria.

¹ Lukács, G. (1943), "Über Preußentum". En Lukács, G., *Schicksalswende. Beiträge zu einer neuen deutschen Ideologie*, pp. 68-94. Berlín, Aufbau Verlag..

I.

¿En qué debe consistir esta complementación? Creemos que, ante todo, en la referencia a la dinámica de la historia alemana. A menudo, se ve correctamente la polaridad entre prusianismo y democracia, pero es igualmente común que se perciba de manera solo insuficiente el periódico efecto recíproco de ambos principios en la historia alemana, los intentos repetidos del pueblo alemán para configurar por sí mismo su propio destino, democráticamente; el fracaso reiterado de estos intentos, el fortalecimiento del poder del prusianismo sobre los alemanes (que surgió de estas derrotas del pueblo alemán, alternadamente, internas y externas) y, de manera simultánea, su degeneración interna. Solo la historia de los muy complejos efectos recíprocos explica la real vinculación entre el espíritu alemán y el prusiano y, al mismo tiempo, las etapas de la prusianización de Alemania, etapas muy diversas entre sí. Se sobreentiende que también aquí podemos exponer solo algunos puntos de vista, puesto que, en este marco, no sería posible realizar siquiera un resumen a manera de esbozo de este desarrollo.

Tal como en la epopeya, debemos comenzar *in media res*. La real prusianización de Alemania comienza con las victorias de 1866 y 1871. Ciertamente, la derrota de la Revolución del '48 preparó a Alemania para este destino. Esta derrota es el mayor viraje del destino del pueblo alemán, desde la Guerra de los campesinos, en 1525. Entonces, Alemania fue arrojada nuevamente, desde la problemática medieval, hacia un corrompido absolutismo de pequeños estados; surgió una caricatura de aquel desarrollo, que, en los grandes Estados europeos, especialmente en Francia, fue imprescindible para la preparación de las formas sociales modernas. En la Revolución del '48 (por primera vez en tres siglos), se hizo el intento de recuperar todo lo perdido, entretanto, y de insertar a Alemania en la comunidad de la cultura política de los países libres europeos.

El intento fracasó. La derrota, vista en términos objetivos, no fue definitiva, pero la burguesía alemana no poseía ni el valor ni la fuerza para aprovechar las ocasiones propicias que se le ofrecían. Como ahora la unificación económica de Alemania se había vuelto históricamente necesaria, Prusia se convirtió en su ejecutor reaccionario. Sobre estas bases, nació de igual modo una caricatura sociopolítica –por cierto, de una índole completamente diferente– de la estructura socioestatal moderna. Así la prusianización de Alemania es también la expresión organizativo-ideológica del camino errado que podemos seguir en la historia alemana, tal como hace trescientos años lo fuera el absolutismo de los pequeños estados. Los luchadores de la democracia vieron claramente el peligro y por eso, desde el inicio, promovieron que Prusia fuera integrada a Alemania. Pero no se logró evitar la prusianización bismarckiana de Alemania. La unidad alemana no tuvo lugar por el camino de la libertad y la democracia; por el contrario, bajo la hegemonía prusiana, la unidad alemana se convirtió en el obstáculo de la libertad del pueblo alemán.

Con esta decisión, se inició un nuevo período en el prusianismo mismo y, particularmente, en su interrelación con Alemania. Durante mucho tiempo, casi

hasta las vísperas de la unificación alemana, se extinguieron los esfuerzos por arrancar a Alemania de Prusia. Prusia era el impedimento más importante para la unidad nacional. Sobre todo, la leyenda difundida por Treitschke², según la cual, desde el comienzo, Prusia habría aspirado a la unificación de Alemania, es absolutamente insostenible en términos históricos. Incluso cuando en el segundo cuarto del siglo XIX, por razones geográficas y económicas, Prusia se vio obligada a fundar la “unión aduanera alemana”³, aun cuando, ya, en gran parte, había logrado la unificación económica alemana, los principales políticos prusianos se oponían al desarrollo histórico que ellos habían introducido (aunque inconscientemente), mediante sus medidas económicas (cabe pensar en la pelea de Bismarck contra Guillermo I).

Siendo uno de los principados territoriales alemanes, la Prusia del siglo XVIII había sido regida de manera tan estrecha de miras, dinástico-egoísta y particularista como los otros principados; como ellos, es asimismo incapaz de concebir tan siquiera un pensamiento nacional, menos aún, entonces, de impulsarlo en términos práctico-políticos. Gracias a su mayor poder militar, Prusia se convierte solo en un obstáculo para la unidad nacional, más eficaz que el resto de los principados, que eran, en su mayoría, pequeños estados impotentes. Por ello, el joven Hegel, por ejemplo, ve con razón en Prusia uno de los estados no alemanes, que desgarran la unidad alemana; en *La constitución de Alemania*, enumera a Prusia en una misma línea que potencias extranjeras tales como Suecia y Dinamarca. Casi todos los intelectuales influyentes de esta época tienen una orientación similar; me remito solamente a Lessing, Klopstock, Winckelmann, Herder y Goethe.

Esta antítesis representa un papel preponderante en la crítica a la prusianización de Alemania, especialmente desde la Primera Guerra Mundial. Se presenta principalmente en la formulación Weimar *versus* Postdam. La contraposición es, a primera vista, muy capciosa. Designa, de hecho, los dos polos de esencia alemana, tanto el pináculo cultural como también el punto más bajo del desarrollo alemán. Pero, en realidad, la cuestión es muy diferente. Weimar y Postdam fueron solo dos formas de expresión político-cultural, de diversa índole y, también, por cierto, de diverso valor, del atraso político-social y del desgarramiento de Alemania, esbozados más arriba.

No debe olvidarse, sobre todo, que la Weimar de Goethe y de Schiller no era en ningún sentido típica para los pequeños principados alemanes no prusianos. De ninguna manera queremos hablar aquí sobre cuánto idealizó la leyenda la Weimar de Karl August (en las cartas íntimas de Goethe y Schiller se encuentra mucho material al respecto). Pero, sea como fuere, el hecho de que la impotencia

²Heinrich von Treitschke (1834-1896) fue un historiador y politólogo alemán, de ideología nacionalista, liberal y antisemita, que abogó por la unificación de Alemania. En la época de la Fundación del Imperio (*Gründerzeit*), desde 1871 y hasta su muerte, formó parte del Parlamento alemán (*Reichstag*) (nota de la trad.).

³La Unión Aduanera de los Estados de Alemania (*Zollverein*, literalmente, “Unión aduanera”) fue una organización de aduanas de los Estados alemanes antes de la unificación en 1871, iniciada en 1834. Gracias a esta, los aranceles entre los miembros de la Confederación Germánica fueron suprimidos, con excepción de Austria (nota de la trad.).

política de un pequeño principado mas alla de todo su carácter problemático haya conducido a la fundación de un foco cultural iluminador es un caso de excepción; es un caso excepcional el hecho de que, a partir de esta impotencia, no haya surgido una copia ridícula de Versalles, ni las mezquinas intrigas políticas por la explotación de franjas territoriales, ni un disipado comercio de amantes, ni caricaturescos juegos de soldados ni una venta de soldados indigna, como los pequeños estados alemanes típicos en este grado de desarrollo. ¿En qué se diferencia Prusia de otros principados alemanes territoriales, por un lado, y, por otro, de otras monarquías absolutas del siglo XVIII? Sobre todo, por el hecho de que sobrepasa a los primeros en magnitud y en poder, así como queda atrás de, por ejemplo, Francia o Austria, en términos cuantitativos. La magnitud permite y hace necesaria, al mismo tiempo, una política de poder europea, de la que eran incapaces los otros pequeños estados alemanes. Pero la debilidad relativa frente a las grandes potencias conduce a que Prusia siempre tenga dificultades cada vez más grandes que las monarquías más fuertes, para la adquisición de medios financieros, sociales y militares. En correspondencia, también los métodos de la política de poder monárquico-absolutista son más subalternas que las de los reales grandes estados; estos, donde alcanza la fuerza, son más brutales; por otra parte, son servilmente traicioneros en las relaciones con los estados más fuertes (al principio, con respecto a Polonia y Suecia, luego, con Francia y Rusia).

La estructura social interna de Prusia, en general, no se diferencia demasiado de la de otros estados absolutistas. Pero el atraso económico de Alemania tiene como resultado aquí circunstancias completamente diferentes y la postergación es tan fuerte que, de esto, surge algo cualitativamente diferente. En pocas palabras, en la lucha de la monarquía absoluta contra la nobleza, esta es su aliado inicial, porque la burguesía está mucho menos desarrollada que en los países occidentales, es más débil e indecisa. Por eso, la nobleza feudal está mucho menos debilitada y derrotada, mucho menos presionada para convertirse en la aristocracia de la corte y, a la vez, mucho menos civilizada, que en Francia; conserva más de su origen en los bosques feudales. Esta relación particular entre aristocracia de corte y militar, por una parte, y, por otra, fuertes residuos feudales produce las bases para la peculiaridad de la aristocracia prusiana y para su vinculación con la monarquía.

El atraso de Alemania se expresa también en la peculiaridad de la burocracia absolutista. El burocratismo es la primera forma primitiva de la superación del feudalismo, cargada aún de restos feudales. De acuerdo con su naturaleza, en Prusia, estos restos son mucho más fuertes que en los países occidentales. Y, puesto que, en el desarrollo posterior, no se llega a un quebrantamiento revolucionario del feudalismo, esta forma de organización primitiva semifeudal del Estado moderno unificado sigue conservándose también en niveles económicos mucho más altos, en una época en la que hacía largo tiempo que el feudalismo había sido superado por la democracia, como base del Estado, en los países occidentales.

Esta contradicción entre las bases económicas y la forma de organización estatal es la otra determinación social de la peculiaridad prusiana. En diferentes niveles

de desarrollo, pueden extraerse consecuencias totalmente diversas de esto; cuanto más desarrollada está la sociedad, aparecen los aspectos retrasados de esta forma de organización tanto más reaccionarios, corrosivos, caricaturescos. Cuando la sociedad estaba todavía menos desarrollada, dominaba la honradez de la conciencia del funcionario, mientras que, en la sociedad más desarrollada, el formalismo burocrático (originalmente, un arma importante en la superación del patriarcalismo feudal, de la anarquía jurídica medieval) se petrificó cada vez más en un vacío aniquilador. Pero, puesto que, en el capitalismo desarrollado, también se conservan durante un tiempo relativamente largo aún elementos de la respetabilidad del funcionario, justamente aquí se dio en Alemania un punto de enlace importante para la crítica romántica del capitalismo. La indignación ante la corrupción moral, ante el bajo nivel intelectual y moral del desarrollo capitalista que se inicia intensamente a mediados del siglo XIX, en las circunstancias particulares de Alemania, a menudo, destaca la honestidad, la actitud estética y moralmente fácil de destacar de la burocracia civil y militar en contra del tipo del capitalismo.

A pesar de estas contraposiciones, la rivalidad continua entre Weimar y Postdam no es una casualidad; es el falso dilema del desarrollo alemán precedente. Un país sin una vida pública real, sin una opinión pública activa y poderosa, sin intereses políticos vivos y activos, sin un centro nacional, debe, o bien, quedar estancado en las formas más distorsionadas y degeneradas, más mezquinas del período absolutista, o bien, llevará hasta el final las ideas de la época, sin un control social sobre su aplicabilidad real (por cierto, también en caso de obstáculos sociales menos palpables en su pensar hasta el final), en cierta medida, las llevará hasta el final en un espacio sin atmósfera, y las batallas de los espíritus se desplazarán al cielo de las ideas.⁴

Esto último caracteriza la grandeza del período clásico de la literatura y la filosofía alemanas. Es por esto tentador contraponerlas al espíritu estrecho y estéril de Prusia. Pero, por mucho que se trate aquí de la polaridad del desgarramiento nacional, de la existencia antidemocrática del pueblo alemán, se muestra en esto lo que podemos percibir una y otra vez, a Weimar y Postdam, en todas las manifestaciones de la vida alemana. Por una parte, como disolución ideológico-moral en Prusia, en la que, con cada ascenso económico-cultural, nace una disolución, porque el Estado prusiano, el espíritu prusiano, no deja margen para el incorporación razonable de nuevos valores culturales; por otra parte, como barrera burocrática en el individualismo humanístico, que incluso nosotros debemos examinar constantemente en el caso de gigantes, tales como Goethe y Hegel, aunque su grandeza histórico-universal en buena medida se debe al hecho de que, desde todo punto de vista, pelearon contra esta corriente del desarrollo alemán. Weimar y Postdam son, pues, los dos polos del desarrollo alemán previo. Como en una brújula partida por la mitad, ambos reaparecen en todas las fenómenos espirituales de la Alemania de entonces.

⁴La expresión alude a la batalla de los Campos Cataláunicos (batalla de Châlons o batalla de Locus Mauriacus) que tuvo lugar en el año 451 y confrontó a una coalición romana dirigida por el general Flavio Aecio y el rey visigodo Teodorico I, contra la alianza de los hunos, encabezados por Atila (nota de la trad.).

II

Se habla mucho (sobre todo, la publicística occidental vuelve una y otra vez sobre esto) de que el prusianismo es algo intelectual, una posición moral e intelectual. Hasta cierto punto, esto es correcto. Pero más correcto es remontarse a las bases sociales y ver que el sustento del prusianismo significa un estancamiento en el estadio relativamente primitivo de la monarquía absoluta, un estancamiento en la burocracia como la forma de organización dominante del Estado moderno, de la nueva sociedad burguesa. O, dicho en términos negativos, que no tiene lugar ninguna socialización democrática, ningún control sostenido del aparato estatal por parte de la vida pública; y los individuos permanecen fuera de lo político, al contrario de lo que ocurre con las sociedades modernas orgánicamente desarrolladas, en las que todos los problemas de la vida reciben de la opinión pública un parámetro social concreto, los mandamientos de la moral alcanzan una realización concreta de contenido social.

En cambio, el burocratismo es siempre formal. La nivelación formal fue una de sus tareas más importantes en la lucha contra la heterogeneidad anárquica del patriarcalismo medieval. En el estadio más alto de la sublimación, como ética, aparece bajo la forma de una ética del deber puramente formal, el cumplimiento del deber por el deber mismo, la sumisión incondicional bajo el imperativo moral. Visto en términos objetivamente sociales, este formalismo es, por cierto, una ilusión. En última instancia, significa que el funcionario ve su "honor", tal como afirma Max Weber, en que expresa sus reservas, pero también cumple la tarea que le fuera asignada, incluso en contra de su convicción, subordina su convicción a una decisión superior, cuando no puede imponerla.

Naturalmente, no solo se trata aquí de la denigración socio-moral –producida bajo coacción– de la libertad y de la capacidad de decisión, sino que también se trata de política, e, incluso, de estrategia. Bismarck es el único hombre de Estado de gran estilo que fue engendrado por el prusianismo moderno –pero cuántos rasgos atípicos hay incluso en él (en parte, a causa de su origen semi-burgués)–. También por esto Bismarck fue un hombre de Estado de gran estilo, solo en el período de la realización reaccionaria de la unidad alemana. Stein, el hombre de Estado sobresaliente de Prusia, a comienzos del siglo XIX, no era prusiano. E incluso Bismarck mismo observó que los verdaderos estrategas del ejército prusiano Scharnhorst, Gneisenau y Moltke, no procedían de la escuela del militarismo vernáculo; este solo formó a comandantes subalternos, buenos, escrupulosos (es decir, burócratas militares, ningún general en jefe verdadero).

El espíritu burocrático, elevado a cosmovisión, tiene como consecuencia que todas las inclinaciones y las opiniones individuales, ante la objetividad del mandato, son reducidas al nivel de una mera subjetividad y también son experimentadas así por el sujeto. Entre la universalidad del deber objetivo, ajena al sujeto, y la mera subjetividad del individuo real parece abrirse un abismo insalvable (si el individuo se rebela frente a esto, anarquista, romántica o de forma superficialmente literaria, e impugna, con ello, toda objetividad del deber, se forma

de manera claramente visible solo un polo opuesto complementario para esta estructura espiritual, que no constituye, sin embargo, en ningún sentido, su verdadera superación).

Estos problemas se sitúan de forma muy diferente en una sociedad libre y democrática. La vida pública ampliamente desarrollada permite y propicia una responsabilidad libre de las decisiones para cada individuo, en cada situación decisiva. Por ello, en él están contenidos los imperativos, su contenido es aceptado o rechazado conscientemente, es decir, es objeto de una elección, de una decisión; pero no entre el imperativo del deber formalista y la anarquía del sentimiento subjetivo, sino entre dos contenidos sociales concretos.

Para nuestra observación, se trata solo de la elaboración precisa de la contraposición entre las líneas de desarrollo, democrática y "autoritaria". Todos saben que las democracias, por una parte, son extraordinariamente diversas, en términos históricos y sociales; que todos los problemas de la vida social y, a consecuencia de esto, también las posibilidades del ser humano individual, se veían totalmente diferentes, en el período de esplendor heroico de la gran Revolución Francesa que, por ejemplo, en la vida cotidiana de los Estados Unidos; que la república hispánica, que luchó heroicamente por su libertad, representó una democracia diferente que la Francia de Daladier⁵. Y naturalmente se expresan las facetas significativas y desarrolladas de la democracia, su antítesis con el desarrollo germano-prusiano, de manera tanto más patente, cuanto más cercana se encuentra su verdadera esencia social (y no meramente su forma fundada en el Derecho público) de los puntos más altos de las democracias, de los períodos de Cromwell o Washington, Robespierre o Lincoln.

Por otro lado, es igualmente conocido que la democracia en sí no puede ser ninguna panacea universal contra las enfermedades sociales de la vida social moderna. La corrupción, el dominio de las camarillas, la infracción abierta u oculta contra el derecho, la explotación del poder político en perjuicio de los pobres son igualmente posibles en las democracias como en la estructura estatal organizada de manera antidemocrática. La diferencia consiste "meramente" en que, en las democracias, está disponible el arma de la opinión pública contra los abusos (una vez más: dependiendo de los gradaciones expresadas más arriba, dentro de sus diferentes tipos), mientras que la burocracia de los Estados abierta o encubiertamente "autoritarios" casi siempre logra sustraer a la crítica de la opinión pública sus abusos, sus medidas ilegales, bajo la bandera del "interés público".

En la Alemania "prusianizada", este Estado se encarnó hasta tal punto en una gran parte del pueblo, que la mayoría consideran como algo desfavorable la revelación abierta de los abusos en las democracias, la movilización de la opinión pública para revelarlos y repararlos; y, a menudo, -de manera autoengañoso o

⁵ Édouard Daladier (1884-1970) fue un político francés, diputado por el Partido Radical Socialista, posteriormente, ministro y, luego, jefe del gobierno francés a comienzos de la Segunda Guerra Mundial (nota de la trad.).

hipócrita-, se defiende el punto de vista según el cual, en Alemania, tales tormentas serían política y socialmente superfluas, porque la “sana” sociedad alemana no es corrupta como las de las democracias occidentales.

A partir de esta posición, se sigue que, para la intelectualidad alemana, con muy pocas excepciones, nada puede resultar más extraño que los modos de comportamiento espirituales tales como los de Zolá y Anatole France, durante y después del *affaire* Dreyfus⁶. Para gran perjuicio de la literatura alemana y de la prensa alemana, en ella está representado muy rara y débilmente el *tertium datum*, entre una disposición demasiado grande para la reconciliación con la realidad socioestatal y la rebeldía anarquista individual. Incluso esto es una consecuencia de que el pueblo alemán prácticamente no haya conocido nunca la verdadera libertad de la vida pública democrática. Eso repercute, sobre todo, en la moral social, por la falta de “coraje civil” que ya fuera constatada por Bismarck.

La idea ampliamente difundida acerca de que la firmeza intransigente del sentido del deber constituye la esencia del espíritu prusiano es, asimismo, falsa. En la historia de la moral humana, hemos vivenciado repetidamente esta férrea firmeza. En Roma, en la renovación de la moral antigua, por parte de los Jacobinos, en la ética de Kant y Fichte (por cierto, rebajada y burocratizada a la alemana). Solobasta con pensaren la configuración del conflicto de Bruto, hasta las derivaciones de la *tragédie classique*.

Completamente diferente, directamente opuesta, es la firmeza intransigente de la ética prusiana del deber. El escritor Heinrich von Kleist, genial y, al mismo tiempo, profundamente prusiano, experimentó esta contraposición con respecto a la Antigüedad, de manera extraordinariamente precisa. Cuando, luego de haber triunfado en la batalla, su príncipe de Homburgo es detenido a causa del incumplimiento de la orden recibida, él pronuncia muy claramente para sí mismo el siguiente monólogo sobre el problema, esclareciendo, al mismo tiempo, las ideas de Kleist:

Mi primo Federico, un nuevo Brutus
en un lienzo con tiza dibujado,
sedente se ve ya se ve en silla curul;
en primer plano, las banderas suecas,
y el código de guerra de la Marca,
sobre la mesa. No seré yo el hijo
que aún lo admire ante el hacha del verdugo.
¡Corazón alemán de vieja cepa
no creo en el amor que no es magnánimo!⁷

6 El *affaire* Dreyfus se inició por la acusación y sentencia judicial de la que fue víctima el capitán Alfred Dreyfus (1859-1935), ingeniero de origen judío-alsaciano, acusado y condenado injustamente por espionaje y alta traición, y que recibió una sentencia de cadena perpetua a cumplir en la Isla del Diablo. Durante doce años, de 1894 a 1906, el caso conmocionó a la sociedad francesa de la época, marcando un hito en la historia del antisemitismo. El caso ganó extrema notoriedad pública por la publicación del artículo de Émile Zola *Yo acuso* (*J'accuse*), en 1898, y provocó una sucesión de crisis políticas y sociales inéditas en Francia que, en el momento de su apogeo, en 1899, revelaron las rupturas que subyacían en la Tercera República Francesa. Puso al descubierto la existencia, en la sociedad francesa, de un núcleo de violento nacionalismo y antisemitismo difundido por una prensa sumamente influyente (nota de la trad.).

7 Kleist, Heinrich von, “El príncipe de Homburgo”. En: *Pentesilea. Anfitrión. El príncipe de Homburgo*. Trad. de José

El príncipe de Homburgo, de Kleist, es realmente el drama del espíritu prusiano. No solo –como es recibida, generalmente–, porque, al final, este espíritu prusiano se lleva el triunfo absoluto, sino porque, quizás contra las intenciones conscientes del poeta, ya aquí, el carácter contradictorio interno de la derivación prusiana del espíritu alemán se expresa de la manera más clara y poéticamente más significativa. Friedrich Hebbel, un ardiente admirador de este drama, critica el inicio y el final, porque, en ambos pasajes, se configura el sonambulismo del príncipe. Agrega, sin embargo, justificando esto hasta cierto punto, que el drama interno no sería posible también, sin este inicio y este fin. Creemos que no se trata de una genial licencia poética de Kleist, sino que, precisamente en el noctambulismo del príncipe, se expresa el polo opuesto irracional, subjetivo-patológico del deber formal y abstracto por el deber mismo, de manera poéticamente grandiosa, a pesar de que, de esta forma, se desenmascaran la universalidad del conflicto central, así como una particularidad abstracta. Por cierto, el *Junker* prusiano Kleist, atrapado en representaciones tradicionales, no pudo dominar intelectualmente su propia visión ideológica. Ambos polos están, uno frente al otro, irreconciliados, inconexos, y los intentos del poeta de producir una conciliación intelectual permanecen superficiales y eclécticos.

Ya sé que han de reinar leyes de guerra,
perotambién los bellos sentimientos⁸

Así, el drama más genial del poeta prusiano más genial expone la contradicción, que se muestra, en las formas más diversas, en las más diversas etapas en la historia alemano-prusiana. Se señaló repetidamente, de manera correcta, que el pietismo funciona ya muy tempranamente como complemento religioso para la ética del deber prusiana, burocrático-militar, es decir, justamente, la forma del protestantismo más subjetiva e individual, que se intensifica incluso hasta la mística de los hermanos moravos⁹. En la época de la Primera Guerra Mundial, cuando Thomas Mann estaba extasiado por el prusianismo, emerge en él como contraparte un himno extasiado por la obra de Eichendorff, *Episodios de la vida de un tunante*.

Esto no es casual. Por una parte, el formalismo de la ética del deber burocrático-prusiana puede ser conciliado con cualquier subjetivismo, con tal que este, en el accionar externo del ser humano, no estorbe la marcha sin fricciones de la máquina jerárquica. En qué medida surgen a través de ello las tensiones intolerables en los seres humanos, en qué medida, a través de ello, el formalismo de la moral es vaciado más aún, es otra cuestión. Por otra parte, la ética del deber requiere como

María Coco Ferraris. Buenos Aires: Nueva Visión, 1988: 211-299, aquí, p. 251.

⁸ *Ibid.*: 267.

⁹ La hermandad de Moravia es la iglesia evangélica pre-luterana más antigua de Europa, luego de la Iglesia evangélica valdense cuyos orígenes se remontan al siglo XII. Hacia 1700, Nicolaus Ludwig von Zinzendorf, educado en la tradición del Pietismo, abandonó la corte de Dresde y se trasladó a sus fincas de Berthelsdorf, donde quería establecer un modelo de comunidad cristiana. Allí, brindó asilo a los protestantes perseguidos de Moravia y fundaron un nuevo poblado, Herrnhut. En 1727, Zinzendorf tras alegar haber sido visitado por el Espíritu santo, forzó una fuerte transformación en la comunidad. El pueblo creció rápidamente después de esta transformación, convirtiéndose en el centro de un movimiento mayor de renovación cristiana durante el siglo XVIII (nota de la trad.).

polo opuesto (a riesgo de la completa devastación humana) un individualismo reducido lo más posible a lo puramente subjetivo, que no estorbe los círculos del deber burocrático, es decir, un individualismo lo más asocial posible.

Entonces, vemos cuán típica es la configuración de las contradicciones extremas en Kleist. Muy en contra de sus convicciones conscientes, por una intuición genial, Kleist brinda una ilustración de la sentencia de Mirabeau sobre el Estado prusiano hacia finales del siglo XVIII: un fruto que se pudre antes de su madurez. Esto ya era exacto como crítica a la Prusia de entonces, pero interpretado con cierta generalización, da con el sentido correcto: como la disolución históricamente cumplida de este sistema no tuvo lugar, cada desarrollo económico y cultural del pueblo, cada avance hacia la economía, la política y la cultura modernas debían engendrar, justamente, en Prusia, fenómenos de putrefacción, en medida creciente.

Kleist vislumbró genialmente esta interrelación al conectar la patología romántica y la legalidad bélica prusiana, aunque también intentó escribir un “drama de formación” para el prusianismo. Pero no se debe olvidar que no solo la escena inicial del drama, sino también el final, con la coronación del príncipe, lo muestran como un sonámbulo. Y si, según la intención de Kleist, este final debe ser más artístico- decorativo que patológico, el recurrir a un desenlace enfermizo es un signo de que él, al menos, percibió el carácter problemático de estas interrelaciones.

III

Esta problemática es reproducida por la vida de manera ininterrumpida, y los grandes artistas de Alemania la configuraron a menudo. Sería interesante e instructivo mostrar esta polaridad del ser alemán prusiano en diversas figuras históricas, en su psicología y moral. Así, estamos convencidos de que todos los “enigmas” psicológicos, que los biógrafos de Bismarck intentan explicar, tienen su origen en esta estructura social con su polaridad psíquica. Y las figuras aparentemente decisivas, del mismo tenor, de los monarcas prusianos, tales como Federico Guillermo IV y Guillermo II se explican, sin forzar las cosas, como formas de expresión decorativo- caricaturescas de la misma problemática. Pretenden vincularlo “contemporáneo” para su período, con el espíritu prusiano. Pero permanece en ellos vaciamente decorativo y revela la falta de perspectiva cultural de esta mezcla. Cuanto más se desarrolla la vida moderna, tanto más vacía, formal y violenta aparece la ética prusiana del deber. Por otra parte, partiendo de esto, los problemas de la vida moderna solo pueden ser comprendidos en una deformación caricaturesca. Este callejón sin salida cultural, que representa el espíritu prusiano, puede observarse, ya de manera evidente, en la vida y en las obras de aquellos realistas importantes, que, a lo largo de sus vidas o temporalmente, fueron grandes adoradores del prusianismo. Pensamos, en primera línea, en Theodor Fontane y Thomas Mann.

Theodor Fontane es el historiógrafo y el poeta de baladas de la grandeza prusiana y, por ello, ganó su primera fama, aunque, indudablemente, no la duradera. El Fontane maduro se lamenta también, en un poema resignadamente humorístico, de que no concurrió a su septuagésimo cumpleaños la aristocracia prusiana enaltecida por él, sino que solo lo reverenció como realista la nueva intelectualidad.

Esto no es una casualidad. La profunda simpatía de Fontane por los tipos prusianos tiene su origen en su posición crítica ante la burguesía alemana de su época. Sin embargo, en la configuración del tipo que le resultaba simpático, llega mucho menos a una glorificación que a una modificación considerada de manera precisamente realista de la problematicidad de la ética del deber prusiana, esbozada por nosotros. Fontane ve en sus héroes una moral que funciona, en cierto modo, mecánicamente, que no mantiene relación alguna con su auténtica vida interior, en cuya responsabilidad interna ellos mismos no creen seriamente, pero a cuyos preceptos se someten sin excepción, aunque solo de manera mecánico-convencional.

Fontane también describe cómo los diferentes tipos del *Junker* prusiano se modernizan, cómo se convierten en hombres de la sociedad burguesa actual. Pero todo lo que se apropiaron en cuanto a sentimiento y vivencia, encuan to a cultura, da contra su “actitud” prusiana, que funciona de manera mecánico-fatalista. Por más que, privadamente, en sus sentimientos, sean también seres humanos cálidos e, incluso, internamente decentes, refinados, en sus acciones, persiste la inhumanidad de la moral prusiana y domina absolutamente, sin que los hombres estén en condiciones de tender un puente entre sus sentimientos y sus actos, prescritos por la “actitud”. Así resurge detrás de la fachada espléndida, a menudo, decente, siempre marcial, un mundo interno de plena inestabilidad, de desesperación resignada, de cinismo sentimental o fríamente arribista. Los valores vitales se echan a perder, los lazos de amor sentidos de manera auténtica se rompen, los hombres se matan en duelos, se pasa por encima de existencias, sin que haya una verdadera convicción ni sobre lo bueno, ni sobre lo malo.

En tanto Fontane representa todo esto de manera realista, el bardo de la gloria prusiana se convierte en un profundo escéptico, en un observador sarcástico y humorístico de la descomposición, de la caducidad.

La concepción escéptica del prusianismo se representa de la manera más clara en su pequeña obra maestra histórica *La elección del capitán von Schach*. Aquí, se lleva al extremo la polaridad entre irreprochabilidad formal, rigidez marcial prusiana en la actitud y la inestabilidad interna en todas las cuestiones vitales. La acción es simple y privada, puramente casual, casi hasta la trivialidad: por un estado de ánimo transitorio, el héroe seduce a una joven de buena sociedad, con la que, por vanidad estética, no está dispuesto a casarse. Cuando se introduce el deber prusiano, por la intervención del rey, él se somete, se casa con ella, pero solo para suicidarse, inmediatamente después de que se realiza el compromiso formal. Fontane desplaza este episodio, en apariencia, puramente privado y orientado a un clímax propio de la novela corta, al Berlín de la época inmediatamente

anterior al colapso de Prusia, en Jena, en el año 1806. Y la genialidad histórica de la representación, la aguda mirada social de Fontane se muestra en el hecho de que, en esta historia de amor convencional, se manifiesta la futilidad de esa Prusia que, poco después, será derrotada de manera demoledora por Napoleón.

Eleslabón de enlace interno es aquel concepto de honor formal, errado, de la burocracia militar, que domina la vida. Casi inmediatamente antes de la batalla de Jena, un oficial *Junker* cavilador, descontento, resume las pericias del caso Schach de la siguiente manera: “Es, desde luego, un fenómeno de la época, pero, bien entendido, con una limitación local, un caso completamente anormal en sus causas, que solose podía producir en la capital y residencia de Su Majestad el Rey de Prusia, o, fuera de ella, solo en las filas de nuestro ejército postfedericiano, un ejército que en lugar del honor, solo tiene arrogancia y en lugar de alma, un mecanismo de relojería, un mecanismo de relojería que muy pronto se habrá detenido”.¹⁰ Y, con respecto a la guerra ya iniciada, ya desencadenada, agrega: “nosotros seremos destruidos por el mismo mundo de la apariencia que destruyó a Schach”.¹¹

Los escritos de Thomas Mann de la época de la Primera Guerra imperialista expresan enérgicamente su reverencia a Prusia. Si, al considerarlos, no obstante, falta la gran novela corta depreguerra, *La muerte en Venecia*, la postura de Thomas Mann frente al problema prusiano no aparece entonces a plena luz. El héroe de esta novela corta, el escritor Aschenbach, escribió una epopeya sobre Federico el grande. Su quehacer literario tiene mucho que ver con el prusianismo. El supera la anarquía del esteticismo moderno a través de una actitud aprendida del prusianismo, por la que el espíritu prusiano aparece ya como un principio estético-moral, como un contrapeso estético-moral contra las tendencias moderno-decadenas o sentimental-burguesas, como su polo opuesto.

Pero la acción, manejada por Thomas Mann de manera extraordinariamente refinada, muestra el carácter meramente aparente del principio superado; muestra que aquí también se trata de una polaridad. La “actitud” es algo puramente formal y no ofrece el menor sustento para el regimen de vida, cuando se abren abismos, en alguna medida, serios. Cuando el héroe de la novela corta se encuentra ante un conflicto interno, basta un sueño para quebrar indecorosamente toda su “actitud”, todo su régimen de vida arduamente pergeñado, para dejar que el submundo anímico de los instintos laboriosamente domado adquiriera un dominio completo sobre él. Thomas Mann configura aquí, con una profunda comprensión psicológica, la peligrosa vacuidad anímica de la “actitud” prusiana: precisamente porque todo acento valorativo moral cae sobre la “actitud” y la subjetividad de la vida instintiva es tratada meramente como material a ser dominado; el poder aparente de la vida regulada formalmente es, en épocas tranquilas, ilimitado; pero su verdadera penetración de la psique íntegra es tan insignificante que, a la primera embestida, colapsa completamente. La “actitud” no es férrea, como

¹⁰ Fontane, Theodor, *La elección del capitán von Schach*. Trad. de Anton Dieterich. Barcelona: Alba, 2005, pp. 213s.

¹¹ *Ibid.*: 216.

pretende ser, solo es rígida y, por eso, se quiebra enseguida, súbitamente. En primer lugar, solo a partir de esta psicología, resulta comprensible internamente, en Thomas Mann, el personaje de Federico el Grande, en su mezcla de *Realpolitik* cínico-cruel y de morbosidad decadente.

En este período, el Fontane maduro y Thomas Mann se sintieron personalmente los grandes veneradores del espíritu prusiano, que profesaban abiertamente, a menudo, en perjuicio de su fama. Sin embargo, lo que ellos configuraron literariamente, su crítica literaria a la vida prusiana es solo una variación moderna de la sentencia de Mirabeau. Si se observan los escritos en que Thomas Mann declara su posición en la época de la guerra a la luz de esta crítica, se obtiene una imagen más correcta y más compleja de su relación con el prusianismo, que aquella que se traza, generalmente. Sin dudas, el posicionamiento inmediatamente político de Thomas Mann se ha percibido muy a menudo correctamente. Su punto de vista de aquel entonces se puede describir en pocas palabras, así: toda política genuina solo podría ser democrática, pero, precisamente, por eso, profundamente antialemana; el pueblo alemán es un pueblo apolítico, conservador, por lo que también el denominado “Estado autoritario” fue la forma de gobierno adecuada para él. Si esta premisa es correcta, ¿qué se sigue de esto? La eternidad (la “alemanidad” eterna) del burocratismo civil y militar prusiano.

La polémica política de Thomas Mann se vincula con una polémica cultural, cuya cuestión central constituye la contradicción entre cultura (germanidad) y civilización (el democratismo occidental). De aquí resulta la línea recta que opone la forma de los literatos de la civilización, que descuidan las profundidades vitales, al esteta, moralista y artista, de la escuela de Rousseau y la Revolución Francesa los Schopenhauer y Nietzsche. Pero, en Thomas Mann, ni siquiera esta contraposición es simplista en sentido alguno. En conexión con *Palestrina*,¹² de Pfitzner, aparece la memorable, muy iluminadora expresión de una “simpatía hacia la muerte”, y se menciona el plan ya existente de la novela *La montaña mágica*. Incluso, Thomas Mann va más allá y habla directamente de la “fascinación por la descomposición”. Aquí llega a su apogeo la, en ese entonces, inconsciente crítica de Thomas Mann a la sociedad y a la cultura, en esta caracterización cruel del posicionamiento político propio como hondamente decadente; aquí se torna comprensible por qué Federico el Grande, estilizado como “víctima”, justamente en su mezcla entre crueldad y morbidez, ya señalada más arriba, es el gobernante predestinado para los individualistas escéptico-apolíticos, para hombres que se apropian de la “postura” del prusianismo, para no ser víctima de la disolución y la descomposición completas, de la anarquía de instintos que no pueden ser domados.

¹² *Palestrina* es una ópera del compositor alemán Hans Pfitzner sobre el compositor italiano Giovanni Pierluigi da Palestrina y su rol en el contexto del Concilio de Trento. La ópera fue estrenada en 1917 por Bruno Walter en el *Prinzregententheater* en Múnich. La trama describe el rol del compositor en las luchas políticas de la Reforma y la Contrarreforma. El compositor es el salvador del arte divino, aun rodeado por las bajezas de la política papal. Al componer la *Missa Papae Marcelli*, Palestrina logra defender la autonomía del arte contra los ataques políticos del Concilio de Trento (nota de la trad.).

La enfermedad, la muerte y la descomposición no son expresiones casuales en este texto. Luego de la guerra, Thomas Mann configura su lucha con los principios de la vida en la gran novela de educación *La montaña mágica*. Allí, resulta claramente visible la interdependencia de la vida y la democracia, por un lado, de la enfermedad, la muerte y la descomposición con el polo opuesto a la democracia, el romántico- autoritario, por el otro, y alcanza acentos valorativos totalmente diferentes que en la época de la Guerra Mundial. Por supuesto que este gran escritor nunca escribe una novela de tendencia unilateral, y fuerza y debilidad de ambas partes están equilibradas armoniosamente en él (de manera especialmente nítida, ve las debilidades de la mentalidad antigua de la democracia frente a los ataques del anticapitalismo romántico). Conforme a esto, y a consecuencia de una subestimación instintivamente prudente de la relación de fuerzas, la novela acaba en tablas, en la época inmediata de la Posguerra.

Pero el camino de Thomas Mann en el ajuste de cuentas con la enfermedad, la muerte y la descomposición continúa incesantemente. En la importante novela corta antifascista *Mario y el mago*, los poderes instintivos subterráneos solo aparecen aún de manera caricaturesca, hasta que logra delinear, con el personaje de Goethe, a aquel alemán ejemplar que consigue alcanzar magnitud histórica mundial, justamente en la lucha contra la “miseria alemana”, cuya parte decisiva constituye Prusia y la polaridad decadente prusiana entre burocracia y romanticismo.

¿Es casualidad que este camino del creador Thomas Mann haya sido simultáneamente el camino del pensador y el político desde el “Estado autoritario” hacia la democracia? ¿que la superación de la enfermedad, la muerte y la descomposición, pero, ante todo, la superación de la simpatía hacia estas, de su fascinación, constituya simultáneamente la superación de la escisión prusiana, de la falsa escisión del desarrollo alemán? Creemos: el camino de sanación de Thomas Mann es un compendio, realizado a escala microcósmica, del camino de sanación que el pueblo alemán necesita.

IV

Aún debe esbozarse, por lo menos, el desarrollo de la polaridad en el espíritu del prusianismo, en su vinculación con el pueblo alemán, para que, con ello, resulte visible su verdadera conexión con el fascismo. Puesto que, a partir del simple burocratismo prusiano, incluso si tomamos su forma degenerada en el militarismo del antiguo carácter del pangermanismo, obsesionado por atacar, no se puede deducir directamente la mentalidad y la moralidad particulares de la época de Hitler. Todo lo que, en el pangermanismo, era amenazante para la libertad, la cultura y la civilización, ha pasado, por cierto, al fascismo alemán; sin embargo, frente a aquel, este contiene algunos elementos nuevos, que solo resultan comprensibles a partir de la polaridad analizada por nosotros, como el grado más alto del proceso de descomposición observado por Mirabeau, en el prusianismo.

El elemento nuevo es la movilización de aquel “mundo subterráneo”, cuya fuerza de atracción siniestra Thomas Mann representó, de manera tan brillante en términos psicológicos. Esta movilización tuvo lugar en todas las líneas, en la época posterior a la Primera Guerra Mundial. Se desarrolla en esa ciencia y filosofía, que prepara al fascismo, de manera mediata o inmediata, de forma consciente o inconsciente. Puede ser resumida sucintamente en que, frente a la “fascinación por la descomposición”, no solo ya no se intenta ninguna resistencia, ya no se sostiene ningún conflicto entre su fuerza de atracción estético-psicológica y las barreras morales de la “postura” formalista, sino que, por el contrario, la enfermedad, la muerte y la descomposición son elevados a un nivel de valores supremos.

Como en casi todos los problemas morales del período imperialista, la filosofía de Nietzsche es el punto de giro decisivo. En él, se produce la gran “inversión de todos los valores”; en la superioridad de valores de lo dionisiaco sobre lo apolíneo, en el dominio del biologismo sobre la razón y la ética democrática.

Para los así llamados teóricos del período de la Posguerra, los Bäumler, Klages, entre otros, Nietzsche no es en absoluto lo suficientemente radical en estas cuestiones. Ellos exhuman del romanticismo reaccionario todas las tendencias de la lucha contra la razón, todas las tentativas de glorificación de los instintos subterráneos, introducen el renacimiento de un Bachofen arbitrariamente malinterpretado, para establecer como el valor supremo el principio de lo puramente instintivo, depurado de toda racionalidad y moral social, de lo ctónico: el principio de lo lóbrego, telúrico, lo atávico. La razón y la ética social ya no son solo cuestionables, como en Nietzsche, sino directamente crimen, profanación de la vida, absolutamente condenables. En esta nueva “inversión de todos los valores”, la enfermedad, la muerte y la descomposición son entronizadas como monarcas absolutos.

Paralelamente a esto, Hitler mismo moviliza social y masivamente todos los instintos del mundo “subterráneo”, que, a consecuencia de las severas crisis de la época de Posguerra, fueron invocados y liberados en las masas populares desesperadas, desesperanzadas, a través de estas crisis económicas. El teórico del Nacionalsocialismo, Alfred Rosenberg, se suma conscientemente al renacimiento de Bachofen, critica la forma que dicho renacimiento toma en Klages, solo porque la encuentra demasiado blanda, demasiado idílica, demasiado poco activa.

Aquí comienza ahora la prusianización hitleriana. La puesta en libertad de los instintos subterráneos, la ruptura de aquellos diques intelectuales y morales que había construido el proceso de civilización durante miles de años, de acuerdo con la voluntad de Hitler y Rosenberg, no solo deben convertirse en una inundación carente de método, sino que deben ser un torrente arrebatador, que le ayuda al rapaz imperialismo alemán a dominar sobre el mundo entero. La movilización del mundo subterráneo destruye toda humanidad, disuelve toda moralidad, todo lo que volvió humano al ser humano, en el progreso de la cultura: ella vuelve a

hacer de él un semianimal meramente instintivo. En tanto el hitlerismo eleva el principio de lo animal al nivel de un nuevo imperativo categórico, en tanto superpone la ética formalista del deber a la liberación de los instintos animales, muta la semianimalidad en lo conscientemente infernal.

Enfermedad, muerte y descomposición, convertidos en contenidos del nuevo prusianismo, crean el fundamento para un delirio homicida bestial, uniformado, reglado de manera burocrático-militar. Cientos de miles de bestias y diablos, instruidos por Prusia, aguijoneados por la sed de sangre, arremeten ahora contra la humanidad, al ritmo del paso de ganso prusiano, en camisas pardas y camisas negras.¹³ La prusianización del mundo subterráneo transformó a Alemania en una reproducción gigantescamente ampliada del infierno dantesco.

La vacuidad formalista de la “ética del deber” prusiana se convierte, bajo la dirección de los nazis, en un cinismo demagógico frente a todos los contenidos sociales; dicho cinismo les permite colocar todo contenido –tomando el desvío de la liberación de los instintos, acoplada a este militarismo completamente carente de inteligencia– al servicio del dominio mundial reaccionario de su Alemania. Un aquelarre dirigido por la milicia de bajo rango prusiana de los nazis al servicio del imperialismo más reaccionario: este es el último escalón en el proceso de descomposición del prusianismo.

Es comprensible que los antiguos prusianos convencidos, en los que aún estaban presentes residuos vivos de tradiciones pasadas, se sublevaron ante semejante renacimiento de sus ideales. Esta rebelión es importante y sintomática, pero no puede producir ningún resultado real. El pietismo prusiano antiguo de Wiechert, por ejemplo, solo podía oponer una resistencia débil frente a Hitler. En cuanto camaradería de armas, carecía totalmente de valor frente a la barbarie de Hitler, sin embargo, espontáneamente, no podía conducir a ninguna renovación de Alemania. En última instancia, él es incluso más impotente que las protestas débiles y malhumoradas de aquellos buenos alemanes, que, desde 1870, protestaban contra la prusianización de Alemania con los versos de Raabe: “Marcial, marcial, marcial/todo medido con la misma vara”; sin embargo, en términos prácticos, podían refugiarse ahora en una marginalidad individualista. En Wiechert (del mismo modo que en otros escritores levemente descontentos, como, por ejemplo, a menudo, en Fallada), esta huida hacia la excentricidad individual frente al infierno desencadenado por Hitler, es, necesariamente mucho más impotente que aquella de Raabe frente al prusianismo de Bismarck, medio siglo antes.

No hay ningún camino de retorno. El conocimiento de los fundamentos sociales del espíritu prusiano y su necesario proceso de descomposición histórica muestra claramente: solo una Alemania democrática puede sanar al pueblo alemán. Pero

¹³ El autor se refiere a dos cuerpos del ejército fascista alemán e italiano, así denominados respectivamente por su uniforme marrón y su uniforme negro. Los “camisas pardas” [*Braunhemden*] pertenecían al cuerpo paramilitar de las fuerzas de asalto del partido nacionalsocialista (las SA), mientras que los “camisas negras” [*camicie nere*] refiere a las fuerzas paramilitares del ejército italiano fascista. En ambos casos, se trataba del instrumento abierto de acción violenta de ambos movimientos fascistas (nota de la trad.).

los críticos que atacan sobre todo el espíritu prusiano están, no obstante, en el camino correcto. Pues para la sanación no bastan las instituciones formales de la democracia; incluso el espíritu de la democracia debe movilizarse contra el espíritu del prusianismo en todos los ámbitos de la vida humana, para el retorno de la humanidad en Alemania. Es una enseñanza importante de la República de Weimar: que una república sin republicanos no puede mostrar ninguna salida para esta cuestión.

Tampoco un renacimiento de la antigua Weimar puede fundarla esperanza. Económica y socialmente y, por ello, también política y culturalmente, desde hace bastante, Alemania creció más allá del marco de la antigua Weimar y de Prusia. Hemos mostrado que, durante el desarrollo completo, residuos del elemento particularista de los pequeños estados estaban presentes como el polo sur magnético para el polo norte prusiano; por eso, debían tomar parte en el proceso de descomposición del prusianismo. Podría decirse, con cierta exageración forzada, que no es necesaria una tal renovación de la antigua Alemania, pues ella siempre había estado presente como romanticismo anárquico, como “fascinación por la descomposición” estético-moral, viva en el individuo. Solo que ahora, en lugar de Arnim o Brentano, se encuentra Hanns Heinz Ewers; en el de Kleist, Wildenbruch; y, en el de Novalis o Schelling, Spengler o Keyserling.

Por cierto, esta era una “Weimar” sin Goethe y sin Hegel. Y esto no es casual. Puesto que lo que de Weimar quedó en la historia mundial, surgió en lucha constante contra el falso dilema del desarrollo alemán, esbozado por nosotros. Ya en épocas muy anteriores, muchos de los grandes representantes de este *tertium datum* debieron pelear, desde la emigración, por la renovación democrática de Alemania, con Georg Forster y Georg Büchner, con Heinrich Heine y Karl Marx. Eso hicieron recientemente los escritores alemanes antifascistas, bajo peores condiciones, según la medida de sus fuerzas.

Recién cuando en Alemania exista un fundamento democrático para la vida social, a la altura de la época, cuando a partir de la propia historia, de las propias tradiciones –presentes, aunque enterradas– surja una cultura democrática alemana, podrá esta volver a enlazarse en términos universales con los aspectos eternamente valiosos de Weimar, de una manera fructífera para el pueblo alemán. Hasta ese momento, esta herencia permanecerá como un arsenal de los combatientes contra la miseria alemana en su forma más sangrienta y sucia, barbáricamente diabólica.

La antigua Prusia era un elemento en descomposición del “Sacro Imperio Romano Germánico”, en proceso de desintegración, en aquel entonces. Con una fachada modernizada, pseudodemocrática y pseudoparlamentaria, la Prusia de Bismarck realiza un compromiso corrupto entre la modernización económica y el retraso socio-político en el desarrollo alemán. La Prusia de Hitler era la erupción aguda y asquerosa que infestó todo el mundo, de todos los gérmenes patógenos del desarrollo alemán, acumulados durante siglos. Para que este foco infeccioso

no envenene al pueblo alemán de manera definitiva, para que no signifique un peligro permanente para la civilización mundial, el único camino transitable es un giro del pueblo alemán, en dirección a la superación del falso dilema, en dirección al *tertium datur* democrático.